

CAPITULO IV.

CONSPIRACION EN EL SENO DEL EJERCITO.—SE ECHA
AL AGUA A LOS BERGANTINES.—FUERZA DEL
EJERCITO.—EJECUCION DE XICOTENCATL.
—MARCHA DEL EJERCITO.—
PRINCIPIO DEL SITIO.

(1521.)

PRECISAMENTE al mismo tiempo que Cortés se ocupaba en reconocer el valle y en prepararse para el sitio de la capital, trabajaba activamente una faccion en Castilla para subvertir la autoridad de Cortés y por desbaratar al mismo tiempo sus planes de conquista. La fama de sus heroicos hechos se habia dilatado no solo por las islas, sino por España y otros países de Europa, donde causó general admiracion la indómita energía del hombre que puede decirse que con su solo brazo luchó por tan largo tiempo con el poderoso imperio indio. Solamente

la ausencia del monarca español de sus dominios, y los disturbios del reino pueden explicar la supina indiferencia con que miró el gobierno el fomento de aquella grande empresa. A esto se allegan las diligencias que hacian Velazquez y Narvaez ayudados por un abogado tan poderoso como era el obispo Fonseca, Presidente del Consejo de Indias. Llevaba las riendas del gobierno Adriano de Utrecht, antiguo preceptor de Carlos, y despues Papa; hombre de saber y de alguna sagacidad, pero omiso y tímido en su política, y sobre todo, incapaz de aquella actividad y resolucion que distinguian el génio atrevido de su predecesor el cardenal Ximenez.

Sin embargo, en la primavera de 1521 se espidieron algunas providencias por el Consejo de Indias que produjeron un cambio importante en las cosas de Nueva España. Determinóse que la Real Audiencia de la España sobreyese en el proceso formado contra Narvaez por el trato que habia dado al Lic. Ayllon: que el desgraciado comandante fuese sacado de la prision en que estaba en Veracruz; y que se enviase á México un visitador que averiguase los procedimientos de Cortés, é hiciese amplia y cumplida justicia al gobernador de Cuba. No faltaban en la corte quienes viesan con desagrado estas determinaciones por juzgarlas indigna recompensa de los servicios de Cortés, y porque pensaban que de todos modos eran inoportunas y podian des-

animar al general ó aun arrojarle al extremo de la desesperacion. Pero el arrogante obispo de Búrgos despreciaba todas estas observaciones, y habiendo aprobado la regencia las determinaciones del Consejo, fueron firmadas por los que componian este cuerpo, en 11 de Abril de 1521. Tapia, uno de los oidores de Santo Domingo, fué la persona escogida para ir á Veracruz. Pero afortunadamente sobrevinieron ocurrencias que demoraron la ejecucion de los planes, y que permitieron á Cortés proseguir sin rémora en su carrera de conquista.¹

Pero al paso que se le permitia, á lo menos por ahora, permanecer en su autoridad, le amagó otro peligro intesntino que no solo ponía en conflicto esa autoridad, sino aun su vida misma: era una conspiracion de un carácter mas sério y peligroso que cuantas hasta entonces se habian descubierto. Promovióla un simple soldado, nombrado Antonio Villafañá, cuyo nombre seria desconocido á no ser por la parte que tuvo en esta trama. Pertenezia á los de Narvaez, á ese semillero de descontentos que por todo se disgustaban y que siempre estaban prontos á amotinarse. Verdad es que desde que en Tlaxcallan se separaron algunos de sus compañeros, se habian quedado voluntariamente; pero siem-

¹ Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 15. Relacion de Alonso de Veraza, escribano público de Veracruz. MS., dec. 21.

pre movidos de la codicia que les hizo embarcarse en la expedicion, y que no debian ver satisfecha todavía. Participaban poco de ese espíritu romancesco de los primitivos compañeros de Cortés, y los secos laureles de la victoria les parecian despreciable recompensa de tantas fatigas y padecimientos.

A estos se unian otros que tenian motivos personales de resentimiento con Cortés, y finalmente, otros que desconfiaban del buen éxito de la campaña. El negro destino de los compañeros que habian caido cautivos, los llenaba de desaliento: ya se imaginaban víctimas del espíritu quimérico del general, quien sin contar con los recursos suficientes se atrevia á provocar á un enemigo feroz y formidable; y finalmente se estremecian al pensar que iban á perseguir á este enemigo hasta sus recónditos hogares, donde la desesperacion le debia hacer sacar decuplas fuerzas.

Estos menguados, de buena voluntad habrian abandonado la empresa y vuéltose á Cuba; pero ¿cómo hacerlo? Cortés era el dueño de todo el camino, desde la capital hasta la playa; y por otra parte sin órden suya ningun barco saldria del puerto. Demas de esto, aun sacándole fuera de combate, quedaban otros capitanes que ocuparian su lugar, era preciso, pues, juntamente con el general asesinar á Sandoval, Olid, Alvarado y otros dos ó tres de los mas adictos á los intereses del conquistador. Los

conspiradores determinaron dar el grito de libertad, seguros de que los seguiria gran parte del ejército, ó por lo menos la bastante para salirse con su intento. Proponianse dar el mando desues de la muerte de Cortés, á Francisco Verdugo, cuñado de Velazquez. Era un hidalgo honrado y no era cómplice de sus desiguos; pero ellos no dudaban de que aceptaria el mando que como por fuerza se le conferia y que así se grangearian la proteccion del gobernador de Cuba, quien, fuera de esto, tenia tal ódio á Cortés, que aprobaria todos sus procedimientos.

Los conspiradores llegaron á nombrar aun á los oficiales subalternos: á un alguacil mayor en lugar de Sandoval; á un cuartel-maestre general, en el de Olid, y así de los demas. ¹ El tiempo prefijado para la ejecucion del plan era á poco de volver Cortés de su espedicion. Debian presentarle estando á la mesa, un paquete de cartas que se supondrian recién llegadas de Castilla; y cuando mas distraido estuviese en abrirlas, arrojarse sobre él y sus oficiales y despacharle á puñaladas. Tal era la inicua maquinacion para acabar con Cortés y su conquista; pero una cospiracion para que no se malogre, ma-

¹ "Habia alguacil mayor é Alferez y Alcaldes y Regidores y Contador y Tesorero y Veedor y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos." Bernal Diaz, cap. 146.

yormente si intervienen en ella muchas personas, debe ser de tal naturaleza que medie poco tiempo entre su concepcion y su ejecucion.

El dia anterior al señalado para la perpetracion del crimen, uno de los conspiradores arrepentido de él, vino á la tienda del general y solicitó una entrevista privada con él: arrojóse á las plantas de Cortés y le reveló todos los pormenores del complot, añadiendo que en poder de Villafañá paraba un papel en que estaban los nombres de los cómplices. Cortés, á quien parece que habia herido un rayo, no perdió momento en aprovecharse del aviso. Llamó á Sandoval, Alvarado y otros dos ó tres oficiales designados por el conspirador, les impuso del negocio, y acompañado de ellos y de cuatro alguaciles se dirigió á la tienda de Villafañá.

Encontráronle conversando con tres ó cuatro amigos que tambien fueron aprehendidos al instante, y puestos bajo buena guardia. Villafañá sorprendido de la súbita aparicion del comandante, sacó del seno el papel que contenia las firmas de los conspiradores, é intentó tragárselo; pero Cortés le detuvo el brazo y le quitó el papel. Al pasar rápidamente la vista por la lista fatal, quedó asombrado de encontrar en ella los nombres de varias personas que gozaban en el ejército de alguna consideracion. Hizo pedazos la lista y mandó preso á Villafañá. Juzgósele inmediatamente por un consejo de guerra que

con precipitación reunió Cortés y que presidió él mismo. Parece que no cupo duda de la culpabilidad del acusado, el cual fué condenado á muerte, la que se ejecutó despues de darle el tiempo necesario para arreglar sus negocios espirituales, ahorcándole y colgándole de las ventanas de su aposento.¹

Los que ignoraban la conspiracion quedaron asombrados de aquel espectáculo; y el resto de los conspiradores llenos de consternacion al ver que su maquinacion estaba descubierta y que igual destino que á Villafañá se les esperaba tambien á ellos. Pero se engañaban: Cortés hizo parar allí las cosas. Una ligera reflexion le convenció de que obrar de otra suerte era comprometerse en averiguaciones desagradables y aun peligrosas, y bien que todos los cómplices de tan negro crimen fuesen acreedores á la muerte, prefirió perdonarles y contentarse con el castigo del cabecilla, á la pérdida de sus cómplices, siendo tan reducida la fuerza del ejército.

Reunió á todas las tropas y las instruyó en breves palabras del crimen por el cual habia sido ahorcado Villafañá. Dijo que nada habia confesado y que se habia llevado consigo los secretos de la conspiracion. Manifestó la pena que le causaba ver que

1 Ibid, loco citato. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 1, cap. 1.

en sus filas habia personas bastantes bajas para entrar en maquinaciones tan pérfidas, y aseguró tener la certeza de que entre los que le escuchaban nadie habria que se sintiese agraviado por sus palabras; pero que si alguno lo estaba, lo dijese francamente para darle cumplida satisfaccion.¹ Pero no hubo ninguno que aunque agraviado creyese conveniente quejarse en aquel momento; lo que menos querian los conspiradores era esto, pues se reputaban felices en haber escapado (á su entender) de que los descubriera, y en quedar en disposicion de alistarse entre los malcontentos en ocasion mas oportuna.

La conducta de Cortés en esta ocasion prueba una gran sangre fria y conocimiento del corazon humano. Si hubiese publicado á las claras, ó siquiera dejado traspasar los planes que habia descubierto, habria vuelto sus enemigos irreconciliables á todos los implicados en aquellos: á una imprudencia de esta clase que cometió Luis XI al principio de su reinado, debió los disturbios que le agitaron despues.² Una vez arrancada la máscara ya no habia

1 Ibid, ubi supra.

2 Así dice M. Barante en su pintoresco *refacimiento* de las antiguas crónicas. "Los procesos del Condestable y del Señor de Némours, habian hecho que estallase su mala voluntad ó á lo menos su poca fidelidad al rey; ellos no podian, pues, dudar de que él deseaba ó maquinaba su ruina." Hist. de los duques de Borgoña (Paris, 1838), tomo XI, pág. 169.

ocasion ni de disimular las apariencias: parece que se cerraba la puerta al arrepentimiento, y la malevolencia que sin esto se habria mitigado por el tiempo, las circunstancias ó la generosidad, habria degenerado con otra conducta en ódio profundo é implacable rencor. Cortés se habria visto rodeado en su campo mismo de enemigos mas implacables que los aztecas.

De todos modos, los culpables habian recibido el escarmiento bastanté para no volver á arriesgar sus vidas en tramas de la misma clase; y procuraron con demostraciones de lealtad y con la asiduidad en el servicio, alejar de sí toda sospecha. Cortés por su parte tuvo estudio en guardar su porte habitual, igualmente distante de la desconfianza, y (lo que es todavía mas difícil) de esa estudiada afabilidad que revela con toda claridad las sospechas que se tienen de aquel á quien se dispensa. En verdad que no era poca la habilidad que se necesitaba para obrar de esta suerte; pero sin embargo, no olvidó lo pasado; porque el hombre que habia roto la lista en que estaban los nombres de los conspiradores contra su vida, no necesitaba de tenerlos escritos para que no se le olvidasen. No apartaba de ellos la vista y cuidaba de ponerlos siempre donde no pudiesen dañarle. ¹

¹ 'Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuracion, siempre se recelaba de ellos.' Bernal Diaz, cap. 146.

Esta tentativa contra la vida del general produjo en el ejército una fuerte sensacion, porque sus prendas fascinadoras y talentos militares, le habian ganado el favor de éste. Mostráronle los soldados grande empeño en significar cuánto reprobaban tan infame traicion, nacida de entre ellos mismos; y conocieron la necesidad de velar sobre la vida de aquel de cuyo destino dependia el suyo propio y el de la grande empresa que acometian. Determinóse, pues, que la persona de Cortés quedaria bajo la custodia de una guardia mandada por un hidalgo digno de toda confianza, nombrado Antonio Quiñones. Sirvióle al general durante el resto de la campaña, como de guardia de corps que lo cuidaba de dia y de noche, y que lo defendia de la traicion doméstica y del acero enemigo.

Como hemos dicho al fin del capítulo precedente, cuando volvieron los españoles á sus cuarteles, encontraron acabados los bergantines, que ya aparejados podian ser botados al agua. El canal por su parte, tambien habia sido concluido, merced á ocho mil indios que habian trabajado en él por cerca de dos meses.

Era obra de mucho trabajo, pues tenia media legua de largo, doce piés de ancho, y otros tantos de profundidad. Los dos lados estaban asegurados con palizadas ó con obras de mampostería. De trecho

en trecho habia compuertas y diques, y parte del canal estaba cortado en la viva peña. Por aquel canal podian ser echados los bergantines en el agua con toda seguridad. ¹

Cortés habia resuelto que tan feliz acontecimiento se solemnizase debidamente. El 28 de Abril formaron todas las tropas, y la poblacion de la ciudad asistió á la ceremonia. Díjose misa, y todos los del ejército, incluso el general, recibieron el Sacramento. Recitáronse por el padre Olmedo las oraciones adecuadas, y se invocó la bendicion del cielo sobre aquella flotilla, la primera digna de tal nombre que surcaba las aguas americanas. ² La señal era un cañonazo, despues del cual las embarcaciones fueron echadas una por una en el agua, y llegando sucesivamente á la laguna. Al salir á su ancha superficie, con el soberbio pabellon de Castilla flameando en los mástiles, y con músicas que llevaban dentro, arrojó un grito de admiracion la innumerable mul-

¹ Ixtlilxochitl. Venida de los españoles, pág. 19. Relac. Terc. de Cortés, pág. 234.

² "Obra grandísima," exclama el conquistador, "y mucho para ver." "Fueron en guarda destes bergantines," añade Camargo, "mas de diez mil hombres de guerra con los maestros de ellos, hasta que los armaron y echaron en el agua y laguna de México, que fué obra de mucho efecto para tomarse México." Hist. de Tlaxcallan, MS.

² Los bergantines se conservaban todavía mucho tiempo despues de la conquista, en los astilleros de México, como monumentos preciosos. Toribio, Hist. de los Ind., MS., parte 1 cap. 1.

titud; el rumor que formaba se mezclaba con el fragor de los cañones y mosquetes que hacian fuego desde la ribera y dentro de las naos mismas. ¹ Era aquel un espectáculo nuevo para los candorosos indios que se llenaron de asombro el ver los elegantes bergantines que bogaban semejantes á aves marinas, de nevadas alas, y que se deslizaban suavemente en las aguas como si estuviesen gozándose en su elemento. Conmovióse tambien el rudo corazon de los conquistadores, y en un raptó de entusiasmo, creyeron que el cielo habia derramado sobre ellos sus bendiciones y prorumpieron todos á una voz en el noble himno del Te-Deum. Pero á nadie causaba aquel espectáculo mas profundo interés que al comandante, porque para él aquella era, en cierto modo, la obra de sus manos, y su corazon se henchia de orgullo al verse dueño de todos los recursos necesarios para señorear el lago y abatir las altivas torres de Tenochtitlan. ²

¹ "Dada la señal saltó la presa, fueron saliendo los bergantines sin tocar uno á otro apartándose de la laguna, desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artilleria, respondió la del ejército así de castellanos como de indios." Herrera, Historia General, dec. 3, lib. 1. cap. 6.

² Ibid, ubi supra. Relac. Terc., pág. 234. Ixtlilxochitl. Venida de los españoles MS., pág. 19. Oviedo. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48.

El último de estos historiadores ensalza sumamente la proeza de su héroe, que dice que oscurece las famosas hazañas de Sesostris. "Otras muchas é notables cosas cuenta el autor que

Lo primero que despues de esto hizo el general, fué pasar revista á sus tropas en la plaza mayor de la capital. Encontró que su ejército se componia de ochenta y siete ginetes y ochocientos diez ocho infantes, de los que ciento diez ocho eran ballesteros y arcabuceros. Habia tres cañones de hierro, de grueso calibre, y quince cañoncitos ó falconetes de bronce. Los cañones de hierro habian sido traídos hacia poco tiempo de Veracruz á Tetzaco, por los fieles tlaxcaltecas. Contaba con suficiente cantidad de balas y municiones, y con cerca de mil libras de pólvora, y cincuenta mil saetas de cobre hechas por los indios conforme á la muestra que se les habia dado. La fuerza y los pertrechos del ejército eran cual nunca habian sido desde la salida de México y probaban la utilidad de los refuerzos últimamente llegados de las islas. Así pues, atendiendo á la flota, puede decirse que jamas habia contado Cortés con tantos recursos. Trescientos hombres fueron destinados á tripular los buques, que eran trece, ó mejor dicho, doce, por haberse visto al probarlos que uno de los pequeños era demasiado pesado para la guerra. Algun traba-

he dicho de aqueste rey Sesostris, en que no me quiero deten e, ni las tengo en tanto como este tranchea ó canja que es dich o y los bergantines de que tratamos, los cuales dieron ocasion á que se hobiesen mayores tesoros, é provincias, é reinos, que no tuvo Sesostris, para la Corona Real de Castilla por la industria de Hernando Cortés." Ibid, lib. 33, cap, 22.

1 Relac. Terc. pág. 234.

2 Bernal Diaz, cap. 147.

jo costó encontrar quienes los sirviesen, porque todos se rehusaban á hacerlo; pero Cortés escogió á los que veían de Palos, Moguer y otras ciudades marítimas, y no obstante que reclamaban su fuero de "hidalgos" para que no se les emplease en aquellos trabajos mecánicos, Cortés les obligó á hacer dicho servicio. Cada nave montaba una pieza de artillería, é iba á las órdenes de un oficial respetable; á todos los cuales dió Cortés una ordenanza general para el gobierno de la armada, la cual se proponia mandar él en persona.

Ya habia comunicado á sus aliados indios su determinacion de poner sitio á la capital y les habia requerido de que le enviasen los prometidos auxilios, dentro de diez dias, á lo mas tarde. A los tlaxcaltecas les previno que se juntasen en Tetzaco, y á los demas aliados en Chalco, que le pareció ser el lugar de reunion mas conveniente que cualquiera otro, para romper las hostilidades por la parte meridional del valle. Los tlaxcaltecas llegaron en el plazo prescrito, acaudillados por el jóven Xicoten-

1 Ibid, ubi supra. La hidalguía además de sus privilegios legales, traía consigo algunos otros puramente imaginarios, tal por ejemplo, como el de considerarse excluido de todo trabajo aunque honesto, humilde, entendido por tal el que podia proporcionar el sustento á un pobre. (Véase una entretenida noticia sobre esto, en Doblado, Cartas sobre España, Carta 2ª. En ningun pais ofrece el *hidalgo pobre* un blanco mas amplio á la sátira, como lo prueban plenamente las de Lessage, Cerrantes y Lope de Vega.